

# Introducción

## INTRODUCCION

Entre los muchos escritores que, después de conocer las tierras zamoras, han dejado sus impresiones en letra impresa, hay uno —nacido lejos de León y de Castilla, pero viviendo “agónicamente” bajo sus cielos y respirando el aire filtrado por sus encinas— que afirmó: “No hay pueblo ni nación alguna que entre con firme paso en la era del progreso propio, mientras no se haya hecho una tradición. El progreso es progreso de algo, es progreso de tradición; para que avance un carro es menester carro que avance”. Y Zamora, una provincia silenciosa y tantas veces silenciada, sus tierras y sus hombres, sus barbechos y sus tesos, sus mieses y también las cepas que darán sus espesos vinos, su historia y muy imbricada también su leyenda con romances viejos de añejas historias, tiene su tradición, tiene su pasado, tiene vivo el recuerdo. Una Zamora sobria, pero iluminada; dorada en sus iglesias románicas, pero también parda en las tierras y en las capas de Aliste; sobria en la expresión que le dan sus hombres y sus mujeres al barro de Moveros o de Pereruela, pero luminosa en las piedras que guardan la fuerza del sol de primavera o de un otoño ya fresco en Sanabria; recogida en sí misma con la niebla de helados diciembres poniendo boina campesina al cimborrio de su Catedral o a la vega de Toro, y luminosa en las hogazas de pan, en el fuego de la matanza y en las coplas de ancestral siega o de ronda amorosa (“...trigueña vengo por verte, / yo a la nieve no la temo, / los lobos no me acometen”). Zamora infantil, con el bosque de Valorio y su “charambita” a la vuelta de La Hiniesta, con pañuelos a la cabeza ellas y jerseys sobre los hombros ellos, camino de otras romerías de rosquillas y avellanas, como la de Morales o el Cristo de Valderrey. Zamora de “borriquetas” y faltas a la Escuela para ver a las Aguedas (“¡Cuánto manteo, cuánta media blanca, / cuánto refajo de lanilla, / cuánto calzón corto...”) recorrer las viejas calles empedradas danzando al son de la dulzaina y del tamboril (“tú siempre tan bailón, corazón mío...”). Zamora en el limpio recuerdo del baño prohibido en los tres árboles, del paseo en barca alquilada Duero abajo, de besos respetuosos y obligados en las manos de viejos canónigos por la Rúa o el Castillo, y de carreras alrededor de la estatua del mítico Viriato, con el Palacio de los Condes de Alba y de Aliste al frente y en sus ventanas los rostros de niños machadianos envidiando juegos libres tras muros hospicianos. Y después, la Zamora juvenil y con ella la primera túnica procesional el Miércoles Santo o el Viernes mañanero de tradicionales almendras y sopas de ajo; el irreverente primer “via crucis” por la calle de los Herreros; la visita al Lago de San Martín de Castañeda (“espejo de soledades”); la búsqueda de la diáfana alegría bañada en vino que repite Toro por San Agustín; la identificación con los peñascales de Sayago, los arribes de Fermoselle, los jarales de Aliste o las tierras rasas de La Lampreana.

Zamora del pasado, pero también del presente. Una ciudad y una provincia cantada en versos populares y cultos desde el Arcipreste de Hita hasta Blas de Otero, desde el Romancero hasta Claudio Rodríguez. Tierras de pan llevar, de arrieros, de espadañas, de sembrados y tomillares, de castaños, de pinos y de encinas, de molinos y de aceñas que despiden aguas de duraderos ríos hacia un mar lejano (porque “Castilla no puede ver el mar”)...

\* \* \*

He traído el pasado, pues la pervivencia de ese pasado quiere testimoniar *Narría* con este número de su revista. Pero también lo he hecho porque, como Unamuno escribió en otra ocasión con Zamora como centro de sus reflexiones, “sólo el pasado es poético, sólo es poético lo que ha vivido, lo que ha sufrido y venció el sufrimiento. Sólo es poético lo que lleva en sí cristalizado el dolor, como lo llevan esas veneradas piedras viejas a cuyo pie soñaron los abuelos de nuestros abuelos”. Y como seguimos soñando nosotros.

Luciano García Lorenzo